WHAT NOBODY SAW

FERDINANDO FREGA



FERDINANDO FREGA

LO QUE NADIE VIO

The Art of Attraction · 03

A menudo son las mujeres quienes, cuando se cruzan con una pareja —de cualquier edad—, acaban declarándola mal emparejada, y el comentario siguiente es siempre el mismo: ¿has visto a esos dos que acaban de pasar? Qué fea es ella; ¿cómo demonios ha conseguido a ese chico tan guapo?

La duda y la curiosidad las devoran, porque las cualidades nunca son evidentes y las cantidades nunca se declaran, como un furgón blindado escoltado por coches de policía: nadie sabe nunca qué lleva dentro.

Un poco como mi escritura. Hahahahahah.

Fue exactamente sobre esta idea donde se construyó mi manera de conocer a las personas. Tanto es así que una noche, en el duodécimo piso de un edificio de la ciudad, en la terraza donde se celebraba una fiesta de baile, se me acercó una chica alta, corpulenta y sudada, y me pidió un baile lento.

Los chicos que me rodeaban miraban, no porque yo fuera mejor que ellos, sino para ver cómo reaccionaría, ya que casi todos la habían rechazado. Yo no lo sabía.

Una vez empezada la conversación durante el baile, su aliento no era el mejor, pero hice como si no lo notara. Bailamos juntos toda la noche, y yo escuché. Luego me pidió que la acompañara a casa; le daba miedo la moto, así que caminé dos kilómetros para complacerla.

Me dio un beso en la mejilla y me dijo que nos veríamos al día siguiente, pero antes de despedirse me dijo que apreciaba que no le hubiera hecho ni una sola insinuación.

Caminé los dos kilómetros de vuelta hasta la moto, con la noche —y las otras chicas de aquella terraza— todavía dándome vueltas en la cabeza, y de algún modo lo conseguí.

Mis amigos me estaban esperando; querían saber cómo había ido. Sabiendo que nunca me gustó hablar de mí, solo dije: es una buena chica.

Pero ¿sabes quién es? No.

Es la hija del director de la mayor planta de ingeniería del sur de Italia. Forrada de dinero.

¿Y?

Se quedaron de piedra. Me subí a la moto y me fui a casa.

Cinco días después me la encontré por casualidad en un café de la ciudad, pero estaba distinta, había cambiado.

Me preguntó por qué no la había buscado; al fin y al cabo, yo sabía dónde vivía, y a esas alturas seguro que ya me habría enterado de quiénes eran ella y su padre.

Sonreí y le dije: pero ¿tú sabes quién demonios soy yo?

Se detuvo, con los ojos muy abiertos, impresionada, y respondió con un hilo de voz: ¿quién eres?

Solo soy el chico de la fiesta que bailó contigo y luego te acompañó a casa.

Hoy, después de cuarenta y cinco años, seguimos siendo amigos. Se casó y ya es abuela; nos llamamos y nos mandamos saludos, y después de tanto tiempo ha leído mi narrativa y ha descubierto quién soy.

Alguien que no esperas que exista, pero que hace bailar a todas las mujeres del mundo.

Ferdinando